

## EL TIEMPO DE LA LITERATURA EN LA PEDAGOGÍA

El acontecer de las palabras que definen el horizonte literario, delinean el camino estético, en el cual, se hace magia desde el insumo de la realidad tomada para ser pensada, para “abocarse a algo, tratar a fondo un asunto, lo cual implica discutirlo punto por punto” (Heidegger, 1972, p.63) pero entre los párrafos que posibilitan la expresión más abarcadora y unificadora de la razón.

Así, la literatura inaugura esta discusión y la pone al alcance de la lente pedagógica; la literatura es la tendencia “a instruir y a deleitar” (Llovet, 2005, p.39), construyendo conocimientos mientras se exaltan emociones en la pincelada aguda del arte, de su sendero que traza las pisadas de la creación humana desde lo interrogativo por lo bello. En efecto, en el arte, está materializada la palabra desde los colores y las formas que convocan a los sentidos en la experiencia del aprendizaje; en él lo cognitivo, lo material y lo trascendente, envuelven todo acto de estimulación planteando nuevas respuestas.

De tal manera, el arte se deja acompañar de lo pedagógico impulsándose en la creatividad que tiene el fundamento del conocimiento, en tanto es expresión de la ubicación del orden que los objetos ostentan para dejarse poseer por el pensamiento en su embrión lingüístico. De esta cercanía entre sujeto y objeto, acontece la referencia pedagógica por excelencia: el diálogo y sus indicaciones didáctica y metodológica, a partir de las cuales se reflexiona y analiza otro ángulo del saber, donde se privilegia el ser, el hacer e interrogarse en todo rostro que el mundo expone para el contacto de los sujetos con los objetos cambiando y cambiantes en la exterioridad.

El ejemplo traslúcido de este suceso está retratado en el delirio del libertador Bolívar (1823) al envolverse en los colores y en la fragancia geográfica para volcarse en palabras que suscitan el acontecimiento mismo de la vida, en sus más implacables sentencias. El dolor, la ruina, el abastecimiento y la nostalgia de un territorio sacudido por la ambición y la desmesura, hacen de la patria, el encuentro poético con el tiempo y su sabiduría. El fuego superior que se apodera del Libertador no es otro que el ardor de las palabras que se comprometen con las más sentidas acciones; la vejez cronológica es el discurso donde el cuerpo de las edades camina hacia el recinto de la conciencia, acaricia las islas de la razón y deja que las palabras alcancen el vuelo de lo sublime.

Es por lo mencionado, que la estética, como sustento del reflejo intencional de lo bello, lo bueno, lo verdadero y lo justo, pero como precedente de la experiencia humana en el devenir de la realidad y sus contradicciones, encarna el sentido más profundo del crear del hombre, y

es por eso mismo, que la pedagogía no puede estar divorciada de sus aportes y valoraciones, de su génesis poética que es camino de regresión a la memoria. La estética es la palabra que teoriza al hombre en su más insaciable deseo de definición, en tanto es ella la que brinda los significados para moldear el barro en hombre, tallar la madera en ave, templar el acero en joya, amasar el yeso en máscara, mezclar los colores en paisaje y decir, ordenar las palabras en historia.

Lo descrito, se asemeja a ese lago que, además de reflejar el afuera que lo circunda, alberga en la profundidad de sus delicias, la vitalidad y el nacimiento de una nueva obra en la palabra creadora; desde el hecho que emana del caos originario en la inferencia de que, tal como lo deja ver Blanchot (1976) las palabras, como arte, son un nacer y renacer continuo en el llanto del encuentro con el mundo, en la humedad que limpia la mirada para atreverse a construir, a contemplar y a “trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra” (Bolívar, 1978, p.406) que permiten acariciar, en el delirio de la razón, “la copa del firmamento” (Ibíd., p.406), su elixir..., su esencia. Bajo esta misma visión, la pedagogía mira y refleja en el hombre un propósito de formación, entre lo dionisiaco y lo apolíneo, entre la corteza del *homo ludens* y el tallo del *homo sapiens*, en la raíz de la memoria y el suelo de la identidad, que es también geografía de la literatura, donde el mundo es apropiación en el acontecimiento, éste, es parte integrante del orden que encuentra en el lenguaje el principio motor del pensamiento.

Por su parte, la lozanía del discurso es el atrevimiento del entendimiento, que hace clarividencia a través de las palabras y su retorno a la juventud del mundo, de lo humano y de la pregunta como inquietud primordial por la libertad, por el conocimiento, por el destierro, por el trabajo, por el esfuerzo y el nacimiento del bien y del mal que ha alimentado en la desnudez, la certeza del saber, y por ende, del compromiso con la tierra, con sus semillas y serpientes. “Cuando Adán y Eva mordieron el fruto del conocimiento del bien y del mal, [...] se vieron transformados en otros seres, para nunca volver a su primera inocencia” (Maturana & Varela, 1990, pp.207-208).

También, la literatura tiene esa juventud o eterno presente de sus significados, pues ella, es un rostro en la desnudez que nombra y desborda desde la mirada acuciante y desde la reflexión urgida que confluyen en la vecindad de lector y texto para trazar las verdaderas rutas de la lectura, captando desde la belleza lo siniestro y contradictorio, lo deslizante y estable, lo arrollador y pausado, siempre desde un propósito que convoca simultáneamente a desobedecerle a lo absoluto y a caminar hacia las respuestas que impiden “caer en la tentación de la certidumbre” (Maturana & Varela, 1990, p.12).

Por eso, no en vano, las palabras entendidas en la juventud literaria, son el espejo en la dosis del eterno elixir: siempre devuelven una manera atenta y renovada, una sonrisa abierta e interrogante, unas manos con deseos de tomar, pero también de levantar. Representan un artista desde el preámbulo de la existencia como actitud y voluntad de ver aquello que todavía no es visible y de escuchar lo que aún no ha tenido voz; un profeta que cree en actos de humanización, de sensibilización y pensamiento.

Así, la pedagogía adopta a ese ser humano y lo lleva marcando señales en el aprendizaje de la vida y la realidad, siendo ellas las principales fuentes inspiradoras de cada interrogante, que permiten indagar en el discurrir de las inquietudes, es decir, un hacer y hacerse discurso desde la verdad coqueteando al hombre. Y ahí precisamente, el entendimiento tiene cercanía con la voluntad; con ella que es rostro del deseo disponiéndose a caminar tras otros ideales. Este camino indica la mirada heroica, la pulsación decidida y el avanzar sin cansancio hacia la meta que se hace cuerpo de palabras desde los significados construidos como lemas.

En este acumulado lingüístico que contiene sentimientos y convicciones, la literatura esculpe el cuerpo de la utopía, moldeando y encaminando su potente carga reivindicativa en expresiones de resistencia y combatividad que sirven de escudo y actuación antagonica frente a todo aquello históricamente ignominioso, y éticamente cuestionable.

En la literatura se pincela la historia como un fenómeno gramatical y simbólicamente constructor del hombre; como una avalancha cronológica y sociológicamente determinante del sentido de lo común y lo comunitario, y por consiguiente, de los renglones comunicativos definiendo el texto de lo humano en condiciones de reciprocidad temporal y espacial.

Y es justamente bajo esta delimitación histórica que la palabra en su tendido estético, rompe con la prescripción de lo bello en imágenes de copiosa y centelleante adjetivación, para enfrentar la fáctica connotación de lo real en lo humano, es decir, la innegable incidencia del ambiente social, político, cultural y económico en los rasgos antropológicos que signan física y mentalmente la complejidad humana.

Lo real circunda al hombre, mientras lo verdadero es susceptible de ser o no ser percibido; lo real no admite ignorancia, en tanto instiga permanentemente el cuerpo y el pensamiento a reaccionar ante su descarga; lo real se siente, se padece o se disfruta por ser la atmósfera que redacta la experiencia de relaciones y posiciones en un modo de producción específico, categorizando roles y beneficios. Lo verdadero, por su parte, puede desapercibirse, ignorarse, y no por ello padecerse o disfrutarse, aunque sí, en función de su omisión, consentir y prolongar tensiones que desencadenan en ruindad e infamia de la dignidad humana.

En este sentido, la ignorancia se endiosa en afiliación a la mentira, merodeando entre las vitrinas del mercado informativo, religioso, educativo y normativo como un incentivo al consumo de lo aparential, escondiendo el engaño que se teje en torno a lo real, cuando éste descarga con fatalidad sus consecuencias sobre una población elegida para el desamparo.

Es así como la literatura confronta lo bello en su concepción de complacencia sensorial ante un evento, para hacerlo propio de lo humano en su sentir histórico más hondo con la dignidad, la libertad y la justicia. La literatura le arrebató a los discursos ideológicos de la institucionalidad sus reiteraciones flagelantes ante los atisbos de inconformidad y rebeldía, para hacerse insistente en su pedagógica misión de abrir los ojos para no perecer en la oscuridad del olvido.

Úrsula tuvo que hacer un grande esfuerzo para cumplir su promesa de morir cuando escampara. Las ráfagas de lucidez que eran tan escasas durante la lluvia, se hicieron más frecuentes a partir de agosto, cuando empezó a soplar el viento árido que sofocaba los rosales y petrificaba los pantanos, y que acabó por esparcir sobre Macondo el polvo abrasante que cubrió para siempre los oxidados techos de zinc y los almendros centenarios. Úrsula lloró de lástima al descubrir que por más de tres años había quedado para juguete de los niños. Se lavó la cara pintorreteada, se quitó de encima las tiras de colorines, las lagartijas y los sapos resacos y las camándulas y antiguos collares de árabes que le habían colgado por todo el cuerpo, y por primera vez desde la muerte de Amaranta abandonó la cama sin auxilio de nadie para incorporarse de nuevo a la vida familiar. El ánimo de su corazón invencible la orientaba en las tinieblas. Quienes repararon en sus trastabilleos y tropezaron con su brazo arcangélico siempre alzado a la altura de la cabeza, pensaron que a duras penas podía con su cuerpo, pero todavía no creyeron que estaba ciega. Ella no necesitaba ver para darse cuenta de que los canteros de flores, cultivados con tanto esmero desde la primera reconstrucción, habían sido destruidos por la lluvia y arrasados por las excavaciones de Aureliano Segundo, y que las paredes y el cemento de los pisos estaban cuarteados, los muebles flojos y descoloridos, las puertas desquiciadas, y la familia amenazada por un espíritu de resignación y pesadumbre que no hubiera sido concebible en sus tiempos. Moviéndose a tientas por los dormitorios vacíos percibía el trueno continuo del comején taladrando las maderas, y el tijeeteo de la polilla en los roperos, y el estrépito devastador de las enormes hormigas coloradas que habían prosperado en el diluvio y estaban socavando los cimientos de la casa. (...) “No es posible vivir en esta negligencia”, decía. “A este paso terminaremos devorados por las bestias”. Desde

entonces no tuvo un instante de reposo. Levantada desde antes del amanecer, recurría a quien estuviera disponible, inclusive a los niños. Puso al sol las escasas ropas que todavía estaban en condiciones de ser usadas, ahuyentó las cucarachas con sorprendidos asaltos de insecticida, raspó las venas del comején en puertas y ventanas y asfixió con cal viva a las hormigas en sus madrigueras. La fiebre de restauración acabó por llevarla a los cuartos olvidados. (...) era tan inflexible su determinación de no abandonar a los insectos ni el más recóndito e inservible rincón de la casa, que desbarató cuanto obstáculo le atravesaron, y al cabo de tres días de insistencia consiguió que le abrieran el cuarto. Tuvo que agarrarse del quicio para que no la derribara la pestilencia, pero no le hicieron falta más de dos segundos para recordar que ahí estaban guardadas las setenta y dos bacinillas de las colegialas, y que en una de las primeras noches de lluvia una patrulla de soldados había registrado la casa buscando a José Arcadio Segundo y no habían podido encontrarlo. -¡Bendito sea Dios! -exclamó, como si lo hubiera visto todo-. (García, 2007, pp.379-380-381)

Parecería suficiente este fragmento literario para experimentar el llamado a la memoria y a la recuperación del continente latinoamericano de esa terrible enfermedad del olvido precedida de la humillación y el oprobio. Pero no es suficiente. La fragilidad de las páginas debe endurecerse con el rigor pedagógico que las convoca continuamente a ser un manifiesto de beligerante insinuación al cambio; un eco que retumbe como lección de formación, desmintiendo los engaños que se imparten en la carátula *pintorreteada*, para fabular con la realidad de *lagartijas, sapos secos y camándulas*; una realidad impuesta en el juego de *tiras de colorines* que parecen reservadas para embrutecer y asfixiar al hombre latinoamericano en un circo de migajas y ofensas.

Sin embargo, aunque en la literatura, lo sublime es lo que la palabra insinúa sin tocar el objeto, junto a la pedagogía se convierte en la sospecha ardiente que estimula el madero de la razón para que el lector se convierta en el Prometeo insaciable de luz, infatigable en el delineamiento de ese sol que se entrega a los hombres para vencer la estremecedora oscuridad de la ignorancia. Lo sublime es, la claridad del entendimiento que deja brotar de sí las ideas como manantial que hidrata la orilla de un camino rozado por el verano.

Pero lo sublime no es invierno, es pócima bautismal que hace del discurso estético un nombre para el nuevo hombre que habita las páginas de reencuentro con el mundo. En ese mundo, la literatura traza un nuevo horizonte, el de las imágenes que cobran colorido y versatilidad en el oleaje de lo impresionante, sereno, tenue, exuberante..., las imágenes que logran mostrar, con

los pozos de las palabras, el mar de los significados. Es pues, la oportunidad que se evidencia con el mito y lo salino, con lo extenso y lo móvil; este es el mar de los ecos, de los misterios en silencios y cantos, pues tal como lo profetizó Homero (1968), a través de la palabras de Ulises: el agua tiene la musicalidad de las sirenas y el horror de su inclemencia, pero entre lo melodioso y lo monstruoso acontece lo divino, es decir, la plegaria que moldea el barro en hombre y que hace de la palabra, luz del día y oscuridad de la noche.

La palabra es así un mito que crea, alimenta y renueva el pensamiento de quienes buscan sigilosa y apasionadamente una respuesta, un lugar de consuelo, pero también de impulso hacia el emprendimiento del nuevo camino. El mito es entonces, ese balbucear y rugir de las palabras que tocan a la puerta de la razón para unir las hojas hacia la escritura de la filosofía. En esta hoguera, donde la palabra es la luz otorgada por Prometeo, se choca la piedra hacia la chispa del conocimiento, y es así como saber hacer y ser, caminan juntos hacia los cuerpos lingüísticos que definen la poesía, “porque lo poético no reside sólo en la palabra, es una manera de actuar [...] un verdadero modo de obrar, de vivir; una manera de estar en el mundo y convivir con los seres y las cosas” (Mora, 1999, p.4).

De tal modo, la pedagogía eleva su palabra hacia el destino de lo estético y sus múltiples formas de nombrar la vida y lo que ante ella se siente o se interroga, se sufre o se lamenta, se busca o se rechaza. Lo poético, es una herida de la enseñanza porque con él se pide un poco más de lo que se tiene, se abona el riesgo de la utopía en tanto permite que primero se sienta y después se enuncie, invita a vivir para crear, y a crear para edificar las concepciones y las cimas que ponen al hombre ante el rostro de un nuevo significado.

Así, la poesía es un momento de catarsis, un instante de redención, en el cual los dioses hacen suya la palabra para crear, para nombrar el mundo, para reverenciar el misterio de la belleza en un acto de posesión donde acontece, como una oda, la existencia, así como lo expresa Neruda (1983):

Yo escribí cinco versos:  
Uno verde,  
Otro era un pan redondo,  
el tercero una casa levantándose,  
el cuarto era un anillo,  
el quinto verso era  
corto como un relámpago  
y al escribirlo  
me dejó en la razón su quemadura.

Y bien, los hombres,  
Las mujeres,  
vinieron y tomaron  
la sencilla materia,  
brizna, viento, fulgor, barro, madera  
y con tan poca cosa  
construyeron  
paredes, pisos, sueños.  
en una línea de mi poesía  
secaron ropa al viento.  
comieron  
mis palabras,  
las guardaron  
junto a la cabecera,  
vivieron con un verso,  
con la luz que salió de mi costado. (pp.61-62)

La poesía es el llamado al canto colectivo como principio de unidad en la libertad que se funda en la acción subversiva: “la libertad vive en la poesía misma [...] funda su acción liberadora, subversiva” (Mora, 1999, p.5) a través de la enseñanza que conduce hacia “las grandes metáforas” (Ibíd., p.5), donde el cambio y la renovación de la conciencia son el parto de los pueblos en el nacimiento de la libertad, la dignidad y la justicia.

Ahora bien, el mundo enseña en su armonía, en su orden y en sus formas siempre cambiantes. Enseña la realidad, que como lo planteara Heráclito: “día noche, verano invierno, guerra paz, saciedad hambre; se transforma como fuego que, cuando se mezcla con especias, es denominado según el aroma de cada una” (Egers & Juliá, 1994, p.389), entre fragmentos de dolor y consuelo que invocan al hombre para que lo aprendido sea aplicado. Enseña el maestro en su ejemplo y en su palabra que invita a la formación, tal como se lo expresara Bolívar a su amigo y formador Rodríguez, “para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso” (De Zubiría, 1983, p.22).

Este legado es la huella irrenunciable de la palabra esculpida en y con la existencia, la palabra que rompe las cadenas de la ignominia y trasiega una “hazaña poética, una metáfora [...] una hazaña revolucionaria” (Mora, 1999, p.6). La educación debe estimular esta reflexión pedagógica, desde la sabiduría y la justicia de un maestro que se esmera, por “observar el cielo y la tierra” (De Zubiría, 1983, p.23) para interrogar, continúa Bolívar, “su edad, su vida

y su esencia primitiva” (Ibíd., p.23). Un maestro que reconoce en la naturaleza cósmica un texto “de alta carga estética” (Mora, 1999, p.7), en el cual las letras del dolor y la esperanza inauguran el coro de un pueblo que se siente redimido en la pujanza colectiva direccionada por la transparencia de lo humano. Y en este coro, de trágica y elocuente voz colectiva, el sentido heroico le da apertura al compromiso y a la lucha, donde se teje la estrofa del romanticismo, la elevada sentencia que pone al maestro como un “piloto” (De Zubiría, 1983, p.22) enseñando las “guías infalibles” (Ibíd., p.23) para mirar y sentir la vida en el más sublime contacto con su armonía.

En este lenguaje que vive en el ser y hacer de lo humano, se logra encender el fuego del pensamiento para liberar el alma del egoísmo, e inmortalizarla, “pintada en el papel” (Ibíd., p.23) para hacerla imagen indeleble de la memoria, y por ende, de la verdad que aguarda entre “dos eternidades [...]: la pasada y la que viene” (Ibíd., p.23). La línea de la vida une estas eternidades en el ritmo y la iniciativa de los héroes, porque en ellos, la coherencia es el rostro de la firmeza que no se desmiente en la lucha que, la conciencia, el hecho y el predicado mantienen de manera impostergable: “Pensamiento, acción y palabra están indisolublemente mezclados” (Mora, 1999, p.15), ellas son la imagen quijotesca que traza la feminidad de lo inexistente y el juego de lo imposible. Para esos quijotes aventureros, para esos maestros del riesgo y la utopía, Dulcinea sigue siendo la morada del consuelo y de la dicha, la “finalidad esencialmente poética” (Ibíd., p.19) que eleva al andariego al concepto y a la experiencia de lo infinito, pues cada galope y avanzada es el entusiasmo que marca las líneas imborrables de una historia siempre presente, nunca clausurada, ni negada por sus testigos y seguidores, por sus recuerdos y verdades.

Es por ello que, la literatura ahonda en el compromiso de la pedagogía, ya que sirve de espada y de verbo en un lugar de la memoria que no renuncia a su origen, a su huella de retorno, donde el mundo está por hacerse, y el camino sólo revelará su horizonte en la medida en que avancen los pasos sin desistir en la idea de hallar un destino. Este origen, es fuente melódica donde se vuelve a balbucear la palabra y el código de la infancia, donde la música es el primer llanto ante la luz de la creación y sus estímulos llamando a entonar el coro con la existencia; la música como el eco entre renglones literarios, como silencio oceánico que es principio del arrojío y desdoblamiento de la musa; susurro que “sensibiliza, que labra el alma en los principios de la solidaridad social, el amor al trabajo, a la madre, a sus ancestros para la formación integral del hombre” (Herrera, 2002, p.11).

Pero el hombre es incompleto sin su infancia, porque en ella se busca un principio y un lugar de llegada en la más *fabulesca* experiencia de amor y armonía; la infancia juega entre formas



y colores que precisan el fundamento de la unidad y la complejidad de la existencia. Y es así como, se retorna a la selva, a su profundidad y amplitud; a su fango y a su calidez; a su pregunta por el hombre, desde el niño escondido entre los árboles para elegir una hoja: la de su relato, la de su escritura, la de su historia. De dicha manera, la selva no solamente es un espacio geográfico, es también la concepción del inicio, del empezar un camino bajo el imaginario de seres y palabras que emulan al héroe y sus hazañas. La infancia construye allí los diálogos y los aliados que hacen del bosque, del monte..., un cuento que narra al niño: su instinto, su animalidad y agudeza.

Macondo es texto de esta historia selvática, es guión del intento de la memoria en imágenes de cristal que solamente pueden romperse con la enunciación, pues es ella el signo fonético que hace de la palabra experiencia de denuncia y de apropiación. En *Cien años de soledad* (2007) se denuncia el profundo abatimiento de la naturaleza humana en un contorno geográfico precisado por la invasión y la ignominia, pero engalanado por el paisaje y sus encrucijadas. Macondo transita el tren del olvido que es, en sí mismo, el testigo de la ofensa; recorre el silencio cómplice y las omisiones criminales, viaja con el dolor de sus muertos, y con la ausencia de quienes, allí, intentaron la palabra al precio de la muerte.

Con la palabra reivindicatoria del pasado se le hace justicia a las dilataciones, a los confinamientos y tergiversaciones de lo que merece conocerse y defenderse. Es por ello, que el retorno a lo que los conceptos indican, constituye la exhumación de aquellos gritos que quedaron entre las paredes de la tortura y entre los movimientos que se reconciliaban con la vida. La fuerza vital de las palabras está en lo que ellas expresan desde una carga rememorativa de los momentos más fecundos de la existencia; no en vano todo el capítulo del mundo tiene un doliente, y por ende, un testigo que jamás callará ante lo que en su compromiso como ser humano, le declara su responsabilidad ética.

La palabra es pues, la tabula de la pedagogía en su misión liberadora y redentora, es la montaña que retumba en sentencia de memoria alzada contra los que amordazaron al pueblo, pero, también es canto, porque en ella el pueblo acompaña las calamidades y triunfos de sus héroes. La tragedia griega expone nítidamente ese clamor colectivo producido por la desdicha y por la desgracia de quien encarna sus ideales y permite emular al héroe que habita e indaga acompañado de muchas voces y miradas; al héroe que se erige como el referente, y que permanece como la imagen vívida de una historia que no ha terminado de narrar sus capítulos.

La escuela, es otro fragmento de la vida y, por supuesto, otra palabra frente a las contradicciones, pero no la palabra deliberadamente lanzada, sino aquella, que desde el

lenguaje de los recuerdos, convoca a la conciencia a mirar la exterioridad y a comprenderla, a preguntarla en el legítimo derecho de conocer sus secretos. Las palabras cuelgan en un silencio esperando quién les dé un suelo más firme y duradero; cuelgan como seduciendo al péndulo del diálogo, es decir, al armónico movimiento que es entrega a la lección de lo que ellas han guardado; cuelgan entonces, esperando quién las cuente, las exponga y las atrape, quién construya con ellas la pregunta vital, necesaria, urgente, pero no para crear la prisión del discurso sino la libertad de lo que ha sido perseguido y encadenado. Las palabras juegan a encontrarse, y en ese juego descubren la vida, la selva, se mueven obstinadamente para crear textos de amor, de dolor, de traición, de memoria, de lucha..., textos que honran y replantean lo que el hombre es y lo que merece encontrar como respuesta a su naturaleza existencial.

Sin embargo, podría asumirse, aseverando un poco el carácter trágico de la historia y el fondo escritural que no es disonante con lo humano y su lingüístico derecho al pensamiento, que el amplio y profundo territorio selvático tiene correspondencia directa con las estructuras mentales y materiales que la vida demanda para permanecer en ella, pese a la multiplicidad de obstáculos que su acontecer implica. Incluso la selva es la vida misma como telón de discrepancias en el sentido de las acciones, las palabras, las decisiones y elecciones que definen el juego de la infancia, el juego de la existencia.

Es evidente entonces, que la vida desarrollada en el mundo obedece y se sustenta en el tiempo, en el cual lo humano es `signo indescifrado` que apremia del `salto` para perseguirse en el abismo del pensamiento, y para saberse, perderse, `desconcertarse` en el multifacético escenario privilegiado y que privilegia la libertad: “El asunto del pensar no es nunca otra cosa sino esto: desconcertante, y tanto más desconcertante cuanto más libres de prejuicios estemos al salir a su encuentro” (Heidegger, 1972, p.18), al de unos espejos quebrados por el olvido, al de un Macondo que está por hacerse, por decirse, por contarse en su realidad.

En este acontecer de la literatura como texto de pedagógico alimento, ha de comprenderse el avatar de los saberes que confrontan a la educación con los nuevos retos que intentan desentrañar la experiencia del cuerpo y de la mente ante la realidad, y la construcción histórica que a ésta sustenta; ante la realidad que es insumo de conocimiento, y por ende, de respuesta a las improporables búsquedas que el hombre promueve.

“Conocer es uno de los más grandes desafíos que se presentan en la práctica cotidiana del hombre” (Espinoza, 1997, p.92), conocer es aproximarse a la inmediatez de un mundo cargado de estímulos dignos de ser recibidos por los sentidos y la conciencia humana; conocer en y por la humanización, por la recreación del día a día que puede llegar a ser imagen mental, y por ende, conceptual de una valoración fantaseada y enunciada por el instinto

lúdico, por la fuerza infantil de la imaginación que irrumpe para colorear, para poetizar, para traducir la exterioridad y sus misterios. Los caminos para acceder al conocimiento pueden variar en conformidad con la realidad y con la plasticidad que se busca de ella desde los actores de la escena epistemológica, en la cual no solamente el guión del afuera cotidiano y del adentro creativo desarrollan la obra de conocer y de conocerse en dicha representación, sino también la palabra y su historia cobran un relieve protagónico a la hora de mover los telones del ocultamiento y poner en evidencia los objetos y las relaciones entre ellos, como muestra de la dinámica cósmica.

La palabra pone en el decir los hallazgos de los sentidos, le da luz a los colores del mundo y define las formas de la materia que cambia y evoluciona en la amplia esfera del universo, atendiendo a la perfección geométrica en el sentido en el que Parménides plantea la imagen de la verdad como “el corazón inestremecible de la verdad bien redonda” (Egers & Juliá, 1994, p.476), que se deja ver y leer en la palabra que juega con su circunferencia en el suceso dinámico de representar, pero también como evidencia de la dialéctica constitución del universo. Y es en este punto donde el desarrollo creativo al amparo de la literatura, escoge el texto de la canción cósmica para hacerlo guión preliminar del conocimiento que depura el mundo como realidad y lo lleva al molde de la imaginación para verterlo en el fundamento del lenguaje, que es heroicidad y romanticismo en el resplandecer del decir.

Así pues, este terreno de la palabra, en el cual la filosofía es soplo de asombro, pero también de planteamiento, fundamentación y respuesta, ha de llegar, o al menos, de rozar el horizonte de la ciencia, donde lo dicho entra en correspondencia con el hecho, y el significado es agente que se pone en la ausencia del significante, pues la palabra nombra lo ausente y logra topar con las ideas que anticipan lo inexistente. La creatividad es, en este orden expositivo, la actitud y el espíritu de la investigación, el corazón mismo bombeando inquietudes y haciendo de cada hallazgo una promesa posibilitada por la disciplina y el rigor de la razón.

Por todo ello, la pedagogía está llamada a ubicar al hombre frente a “una perspectiva que nos haga reflexionar, que nos sitúe también como sujetos históricos” (Espinoza, 1997, p.92), que equivale a hablar del hombre creativo y del hombre racional; del hombre integralmente evidenciado por el instinto y el entendimiento que lo convierte en un eterno niño interrogando las razones primeras y últimas de ese hogar, en el cual puede “construir y reconstruir el mundo mismo” (Ibíd., p.23), es decir, el objeto que observa y por el cual es observado.

En este recíproco espejo de la observación, cobra importancia el hecho aseverativo de que el mundo y en el mundo el hombre se desarrolla como un texto susceptible de ser leído, descrito y traducido por la mirada antesala del pensamiento, y el pensamiento guardián y recuerdo de

las palabras; en este sentido, las palabras también son objetos mirados como recuerdos, como patrimonio y testimonio de esos niños que jugaron y pensaron con un nuevo amanecer..., con la aurora de los aprendizajes que los convirtieron en los guerreros del bosque, en la luz desprendida del madero para iniciar la ceremonia del juguete, la desobediencia por el país perdido de los objetos que arrancaron sonrisas y llantos de unidad. Unidad que refleja la realidad dentro de sueños y esperanzas por un mejor futuro; unidad que interroga a la pedagogía en su pregunta por la formación del hombre en medio de unas circunstancias trágicas, en las cuales se hace urgente visualizar y sensibilizarse ante el presente para provocar, planear, pensar y edificar un momento diferente al del dolor, al de la pesadumbre y al de la melancolía.

En este silencio de la reflexión, donde el sueño parece ser el tejido laborioso en la unidad y la responsabilidad social, la realidad pone excusas y pretextos para salir de la condición onírica a un estado de vigilia comprometido con la idea y con el hecho de crear, desde el hoy, ese mañana que se anhela.

Igualmente, la creatividad puede definirse como la facultad de la *errancia*, en la cual el hombre no sólo es un explorador y un inquieto por nuevos y desafiantes caminos, sino que, logra hacer de los errores unas pruebas significativas para fortalecerse ante la monstruosidad o contingencia de su mundo de lágrimas y fantasías. Ciertamente, la creatividad deambula en el jardín de las espinas y los aromas, ya que cada una de sus intenciones es una herida en la que también se logra olfatear la esperanza; pero no es una esperanza de resignación ante lo que le corresponde, es la actitud fervorosa y activa de ocuparse y esforzarse por obtener aquello que redime del confinamiento y nostalgia en medio de los pesares que retan.

En este sentido, la literatura es también ese cuerpo que juega y se resbala haciendo narración de los duelos y las sanaciones que en cada caricia de la palabra suelen darse. “¡Horribles sospechas! Pero menos horribles que la realidad” (Poe, 2003, p. 193) se diría a propósito de la muerte y sus impensables rutas, pero igualmente se puede afirmar en la vida y en los vertiginosos deslizamientos que en ella procuran otras reflexiones y acciones.

Es por lo anterior, que la pedagogía en interlocución con la literatura, registra el tiempo de la agonía en unos rostros estigmatizados y sombreados por la tragedia, unos rostros que han mirado y han sentido la calamidad en unión con el juego y el riesgo, con la aventura y sus consecuencias. Los personajes que se hacen hombres en la obra, son también los portavoces de las víctimas y los victimarios que saben que hay un juicio, un lugar y una experiencia donde la palabra señalará y trazará límites. Al pensar este juicio en la pedagogía, se alude directamente a la responsabilidad de construir en ella un conocimiento “cuya naturaleza es

social” (Meneses, 1997, p.64), y por ende, acogedor e intérprete del devenir humano en el tejido de las circunstancias que lo envuelven, lo condicionan o lo estimulan.

Lamentablemente, el acontecer social y educativo que hoy acompaña al aprendizaje, no ha logrado ser coherente con el derecho a la alegría, al nombre y al territorio. Los hombres padecen el presente de las contradicciones más inclementes con su condición y circunstancias, son anónimos e invisibles en sus búsquedas y sueños, son desterrados de su geografía real e imaginaria, son arrancados de las esperanzas de caminar en ese jardín, en el cual cada árbol es hogar, y sus hojas son páginas susurrando el orden y la sabiduría de la naturaleza. Las páginas que se unen para encontrar el relato, tienen la generosidad de la caricia lingüística al estímulo de la primera palabra, donde el balbucear se convierte en discurso de acercamiento, y éste en diálogo, en oralidad dispuesta al otro y a su mirada, oralidad del yo que escucha hacia el otro que dona lo que es, lo que busca, lo que añora a través de las palabras y sus más hondos significados.

Por ende, la literatura es una voz que tiene la verdad de un pensamiento reposado y concentrado en la memoria de lo que se debe contar y es necesario saberlo. La literatura es una voz sin tiempo que cubre y colma las expectativas de la mirada que la capta y se capta en sus palabras. Carece de tiempo, aunque el tiempo del lector se sienta allí definido, expresado, dibujado e interrogado; es la palabra del no tiempo, pero urgente en todo momento, porque convoca en su silencio a otra voz y a otra respuesta, a una nueva artesanía semántica, donde la realidad tiene barro y trabajo, es decir, tiene obra histórica, en tanto es el hombre el que allí mira y se mira para poner su esfuerzo.

Crear es así, el gran propósito literario en unión con el diálogo, porque implica tatuar el signo con una intencionalidad que cristaliza el pensamiento, que lo hace materialización a través de la escritura y sus silencios fijados y versatilizados como patrimonio cognitivo; magia de la palabra que encuentra un lugar para renovarse y figurar como el pergamino que siempre anuncia, sorprende y denuncia. Es este el balbucear literario que en la pedagogía no se cansa de revelar a través del símbolo legendario de la soledad, donde el árbol de la vida es el recuerdo del bien y del mal que guarda el veneno y la tentación para optar por la desobediencia, y en ese sentido, por el mundo y los laberintos, entre los cuales, el hombre siempre se está buscando. Es la búsqueda que indaga en el recuerdo y su aprendizaje, que pregunta por el hogar ancestral donde se esconde la marca de la identidad y los primeros pasos, es el camino hacia las aguas limpias de la historia que son un espejo de la inmensa altura que suscita admiración con la aparición de sus astros.

La humanidad se ha mirado en ese espejo y se ha sumergido en la profundidad de su movimiento, deslizándose con él hacia el destino firme de la respuesta, en el cual las marcas del mundo son también las huellas de esos rumbos urgentes que permitieron contemplar y abrazar otra alternativa. Es la urgencia del ser humano que se siente coartado, la trampa de una verdad absoluta, en la que no hay otra revelación diferente a la de someterse y alienarse en los preceptos y designios de una realidad inamovible que señala víctimas y prolonga victimarios.

Es así como, la misión pedagógica amplía su territorio de cuestionamientos y reflexiones, reservando para los hombres una invitación sutil e implícita a preguntarse por lo absurdo, por lo contradictorio e inverosímil. Hombres que deben renunciar a su primera inocencia para comprometerse como testigos, como testamentos y palabras de lo que quiere ser ocultado. Este llamado a la comprensión desde la literatura, es una voz que penetra y remueve la práctica y el saber pedagógico, ya que la misión con el sujeto en formación debe procurar el eco de la enseñanza, cuales campanas que anuncian la noche, la pesadilla, el horror de una historia sin testigos, pero con dolientes, con seres humanos ultrajados por su destino, pero también tentados por la vida. Voces inocentes que ríen mientras el agua del dolor se filtra entre la vejez de los techos y la juventud de la guerra; hombres con la voz y la comprensión de la tragedia, con la ilusión del amor y el lenguaje de la pregunta, hombres que debieron abandonar la escuela, el hogar y amigos para invocar la muerte en una tragedia que los recibió desde su nacimiento; niños sintiendo el golpear de las balas y de la pobreza, esperando a los que partieron ocultándose de la injusticia y recibiendo la muerte; hombres que se van y se los llevan, que quieren retornar a un mundo que creyeron comprender, como espacio de paz, alegría, amor y esperanza.

Como espacio de aprendizaje en los grafemas que construyen el vocablo de la vida y la oración del mundo, el mensaje que la escuela transmite sin los muros de la mentira ni el revoque del engaño. Por tanto, se hace acuciante pensar en las estrategias que oxigenan el suceso pedagógico, reconociendo la significación histórica de la pedagogía, como aliada “de la falsa normatividad publicitada por la burguesía” (Hoyos, 1997, p.10), ya que en esta manipulación del desdibujar lo epistemológico, se plantea el compromiso inaplazable de una conceptualización y práctica diferente de la estipulada por el simple rigor formal de la norma, mal entendida como disciplina.

De tal forma, la discursividad oral es un canal de denuncia en pos de unificar esfuerzos para combatir la abulia y el ensombrecimiento de esta plataforma que toma y recrea la sociedad para forjar nuevas y prometedoras significaciones para los hombres y su formación, y es aquí,

donde la literatura ofrece sus bondades, debido a que en sus páginas, la historia ha tenido renglones de mito, textos filosóficos y augurios teóricos de la ciencia. La literatura, recoge lo que ha estado en los bodegones pedagógicos, trae en su decir la realidad y la fantasía, el heroísmo y el romanticismo, trae la música y hace de sus partituras un gráfico de lo social, de lo político, de lo económico y de lo simbólico.

Además, la literatura es un maestro que debe ser contado a través de la pedagogía, un maestro que expone su fuerza vital a través de las palabras y de la sensibilización que ellas producen en el proceso de enseñanza aprendizaje. La palabra como origen, pero también como derrumbamiento es la evidencia de ese devenir que no puede ser ajeno a la construcción del conocimiento, de ese cambio que florece en aromas, pero en el cual también hay intervención de las espinas. Voz que cuenta la guerra con la esperanza de traer las noticias de la paz en la creación de lo humano, desde la más firme esperanza de otra significación. “Un barco sin timón ni timonel es un juguete de las olas y los vientos” (Heidegger & Fink, 1986, p.18), es un juguete convulsionado por fuerzas externas que se deja definir por aguas turbulentas y corrientes asesinas.

Macondo se expresa como esa fuerza vital donde las páginas de la existencia también se corroen en el añejo del acontecer de la guerra, en el arcaico desarrollo de la muerte. Esta fuerza vital literaria reconforta lo humano en lo contrario, lo conduce a buscar otros significados, en los cuales la gloria de los hombres sea la paz y su donación de reconciliación y de reconocimiento del otro en la búsqueda compartida de un lugar común, de un suelo donde se le pueda brindar al conocimiento un origen consecuente con su desarrollo y finalidad, es decir, un puesto histórico donde el hombre pueda comprenderse inmerso en sus circunstancias, pero también comprometido con las transformaciones que considera un proyecto de humanización en la dignidad y en la justicia social.

De ahí que, los interrogantes planteados por Meneses (1997): “¿es la pedagogía una ciencia, un arte, una técnica o una filosofía?” (p.69), intenten pensar el camino de esta importante plataforma de la sociedad, en la cual descansa la responsabilidad inmediata de interpelar la realidad y lo que ella significa como construcción en medio de las relaciones que el hombre establece con sus semejantes y con su entorno. Siendo “la educación [...] la preocupación central de la pedagogía” (Ibíd., p.69) se propone mirar a través de la literatura el discurso que sostiene y fortalece el significado de la cultura y de toda referencia simbólica a la cual el hombre recurre para definir, establecer y fundamentar su lugar de pertenencia, de identidad y de historia

Y es en este paisaje actual del proceso de formación en el cual el mundo del arte de las palabras se erige como un cristal que hace traslúcida la pregunta por la transformación y renovación pedagógica. Es la pedagogía un saber que debe estar dirigido por la reflexión continua de la praxis, y en ese sentido, por las consideraciones y valoraciones, que la misma vida va permitiendo en su naturaleza cambiante y contradictoria.

El tiempo de la literatura en la pedagogía abre el espacio de los pergaminos como una materia viviente que vibra y respira una declaración, en la cual la humanidad alcanza a visualizar su destino, pero son también estos pergaminos el testamento pedagógico que permite formar en la sospecha de que hay unos y otros significados que aún no han tenido rostro en el presente de los hombres que leen y aprenden en estos cuerpos.

Es el amor por la palabra el más sublime de los valores donde los hombres dejan ver lo que son y lo que aspiran; dejan brotar su interés por encontrarse y responderse en los más complejos interrogantes que el camino por la existencia les traza. Es el lector entonces, un andariego, que con su cuerpo a cuesta, siente las marcas de las verdaderas enseñanzas, las cuales le permiten ir a indagar por las curiosidades que pueden sanar su historia en un claro intento de reivindicación del recuerdo.

De ahí que la pregunta por el origen de la lectura remita al recuerdo del primer contacto estremecedor entre lector y obra; un contacto que trasciende la superficie sensorial para comprometer las facultades del juicio y la imaginación, en un discernimiento estético que colma la experiencia con el texto en una imagen que se enmarca como obra de la memoria y el entendimiento.

De tal suerte que una obra de valor para el lector sea la memoria vibrante donde cada tablero es una página abierta, retando y venciendo los inclementes y constantes ataques del olvido. Es bajo esta directriz significativa que la voz y el grafema dejan ver un niño aprendiendo a predicar las palabras, un niño rayando la golosa de sus anhelos entre movimientos de piedras con avanzadas de obstáculos.

Es el inicio de las sospechas trascendiendo para convertirse en leyes, en reglas y principios, donde los significados crean un universo ético de aprendizajes y reflexiones, un mundo de singularidades dispuestas a emprender construcciones colectivas. Es la infancia de los interrogantes y las apuestas; es el momento decisivo para los riesgos y conspiraciones, pues es en la palabra donde el niño elabora el testamento, entre secretos y símbolos, donde la vida elige los caminantes que harán paso por el incierto camino. Es pues el preámbulo de la realidad en sus límites, ya que al ser ésta una tarea levantada por muchas manos, halla fronteras que insinúan un cambio en la dirección, o una pausa en el avanzar de los intentos.



Y es en esta concepción de realidad construida y entretejida por circunstancias materiales, económicas, y por tanto, políticas, sociales, culturales y epistemológicas, que se hace preciso formular un cuestionamiento a la acepción pedagógica tradicional, que ha privilegiado, en una perspectiva apriorística y manipuladora, un ser ajeno a la profunda significación de la vida, exento del legítimo derecho a disentir, negado a la palabra de sus circunstancias, y por tanto, a la hondura de un conocimiento que, desde la vida misma, pone los andamios de la interpretación para poder traducir las relaciones antagónicas que se dan en la sociedad. Bajo esta innoble permanencia de la mentira en la escena formativa, no es anacrónico recordar las palabras que recupera Ponce de De la Ramée: “Es cosa bien indigna que el camino que conduce a la filosofía esté cerrado y prohibido a la pobreza” (Ponce, 1974, p.175).

Ciertamente, la historia de la humanidad no ha salido del sesgo del engaño, y en su nombre prevalece el imperio de las cadenas, de la ignorancia y de la ignominia. “Un pueblo ignorante es un instrumento ciego de su propia destrucción; [...] adopta como realidades las que son puras ilusiones” (Bolívar, 1971, p.97); acoge la pedagogía en el marco de la discursividad ideológica, y se mantiene silenciado frente a la vida como sustancial experiencia del cambio, de la danza, del juego y de la libertad; el pueblo se confina desde la razón y su transmutación idealista, hasta la enajenación y servidumbre a cuanta forma estructural apremie de sometimiento, abnegación y obediencia.

En la óptica de este lúgubre panorama, la invalidez humana se torna inconmensurable, pues en el divorcio con la raíces y la verdadera naturaleza del ser, el sacrificio de la voluntad deviene en dogmatismo y anquilosamiento del cuerpo, de su capacidad sensitiva, pensante y creadora.

La pedagogía ha enarbolado el absoluto distanciamiento del logos con la física, haciendo ver el lenguaje como un vehículo exclusivo de la relatividad subjetiva que instala el hacer del conocimiento en un terreno fangoso, en el cual, la condición andante, errante, indagante del hombre se ancla sin el menor asomo de salvación. La verdad de la realidad es la transcripción de la verdad humana. El hombre ondula como un río sin miramiento de obstáculos, desbordado en una agitación vertiginosa que manifiesta el acto creador de la voluntad de poder, de explorar, de cambiar y transformar.

No obstante, debe recalarse el empecinamiento que la educación ha tenido por la didactización de la pedagogía, conforme con lo cual se ha ensombrecido el qué de la pregunta y la reflexión pedagógica, con el cómo de su adoctrinamiento. En esta inversión del proceso formativo, se ha provocado la más nefasta negación de lo humano en su libertad y capacidad creativa, reflejada, justamente, en una realidad que contiene el significado y el suceso natural

de la melodía, como testimonio del canto que desnuda las contradicciones de la vida, su dureza y fatiga, pero también su grandeza, la misma que ha sido minimizada por la puerilidad del relativismo. Hay pues, una ceguera y una inmovilidad que apremian de la perspectiva y la actitud crítica para dismantelar las urdimbres políticas, sociales y económicas que enconan el propósito humanizante de la pedagogía.

Es menester entonces, recuperar la voz y el acto de la voluntad que no se clausura en la obediencia, antes bien, se realiza y autoafirma en la descarga instintiva, cual viajero que lleva sobre sí un cuerpo tatuado por la finitud propia de la vida, al igual que por sus fronteras. El hombre, es materia y forma de nuevas posibilidades, es actor y acto de una historia que construye y que lo cuenta, pero que también lo convoca a comprender y a reaccionar ante el afuera y su anuncio de instantes que han de ser vividos. Así entendido el cuadro de la pedagogía, puede comprenderse y atreverse su devenir en la imperiosa necesidad de transitar y transitarse por las rutas de la literatura, que ha logrado con sus páginas poner al descubierto el rostro del que domina, evidenciando la equivalencia semántica entre las formas de poder y la teologización estética de una vida inventada y vendida por quienes, amputados por el miedo, arremetieron con sevicia en el degollamiento y descuartizamiento del hombre, sus perspectivas y su realidad:

Vanidosos guiados sólo por la búsqueda de su triunfo personal, escaladores interesados sólo por las ventajas particulares de un escaño [...], tenderos preocupados sólo por llenarse los bolsillos con los sobornos, decrépitos despojos herméticamente encerrados en el sarcófago de sus extinguidas virtudes, y en el mejor de los casos, santones intratables guarecidos en la oscura torre del dogma. (Fallaci, 1979, p.211)

En este momento, tiempo de la literatura en la pedagogía, las páginas que constituyen la obra estética, son a su vez un campo abierto de confrontación que intenta poner a dialogar estos dos cuerpos conceptuales en un mismo territorio de significado: la formación íntegra e integral de un hombre capaz de afrontar sus limitaciones, pero también su fuerza histórica para transformar y proponer un destino con la voz de la naturaleza que convoca a la unidad, a la armonía y a la equidad.

## REFERENCIAS

- Bolívar, S. (1971). *Escritos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bolívar, S. (1978). *Obras completas*. Tomos I, II, III; IV y V. Colombia: Fundación para la investigación y la Cultura. Compilación y notas de Vicente Lecuna, con la colaboración de la señorita Esther Burret de Nagariz.
- Blanchot, M. (1976). *La risa de los dioses*. España: Taurus.
- De Zubiría, R. (1983). *Breviario del Libertador*. Medellín: Editorial Bedout S.A.
- Egers, C & Juliá, V. (1994). *Los filósofos presocráticos*. Madrid: Editorial Gredos.
- Espinoza, A. (1997) “Conocimiento e investigación: necesidades epistémicas del proceso de enseñanza aprendizaje”. *Epistemología y objeto pedagógico: ¿es la pedagogía una ciencia?* (p.p. 92-106). México: Plaza y Valdés Editores.
- Fallaci, O. (1979). *Un hombre*. Barcelona: Editorial Noguer.
- García, G. (2007). *Cien años de soledad*. Colombia: Grupo Editorial Norma.
- Heidegger, M. (1972). *¿Qué significa pensar?* Argentina: Editorial Nova.
- Heidegger, M. & Fink, E. (1986). *Heráclito*. Barcelona: Editorial Ariel S.A.
- Herrera, J. (2000). *Bolívar: El Hombre de América*. Medellín: Ediciones Convivencias.
- Herrera, J. (2002). *Bolívar: La Libertad del Ser y del Pensar*. Medellín: Ediciones Convivencias.
- Homero. (1968). *La Odisea: Épica Griega de los Viajes de Ulises*. España: Zeus.
- Hoyos, C. (1997). “Pedagogía de la modernidad. Estudio introductorio”. *Epistemología y objeto pedagógico: ¿Es la pedagogía una ciencia?* (p.p. 9-16). México: Plaza y Valdés Editores.
- Llovet, J. (2005). *Teoría Literaria y Literatura Comparada*. Colombia: Ariel.
- Maturana, H. & Varela, F. (1990). *El árbol del conocimiento, las bases biológicas del conocimiento humano*. Madrid: Debate.
- Meneses, G. (1997). “Epistemología y pedagogía”. *Epistemología y objeto pedagógico: ¿Es la pedagogía una ciencia?* (p.p. 41-91). México: Plaza Y Valdés Editores.
- Mora, P. (1999). *Bolívar escritor ante el espejo de la crítica*. *Especulo*, 12. Recuperado el 8 de mayo de 2009, de <http://www.ucm.es/info/especulo/numero12/bolivar.html>.
- Neruda, P. (1983). *Odas Elementales*. Barcelona: Editorial Bruguera, S.A.
- Poe, E. (2003). *Narraciones extraordinarias*. México: Grupo editorial Tomo S.A. de C.V.
- Ponce, A. (1974). *Educación y Lucha de Clases*. Medellín: Editorial La Pulga.